

CARTA SEGUNDA.

A D. JUAN VALERA.

Y el hombre cae agradecido de rodillas al contemplar el renacimiento del sol; y en su grosero é incipiente lenguaje exclama: "¡Gracias, amigo mío, protector mío, DIOS mío! Tú vienes á consolarme: á Tí debo mi felicidad y mi alegría; yo te adoro!...."

El beneficio fué el primer dios de la humanidad, personificado en el sol; porque el sol era el mayor de los beneficios que podía concebir la materializada inteligencia del hombre.

No creais vituperable esa adoración primitiva: *ella es el punto de partida de la religión natural*, completada por el Evangelio de Jesús y las instrucciones sucesivas tocantes á los puntos oscuros del Evangelio.

("Roma y el Evangelio," comunicación de Juan.)

Muy estimado amigo:

Perdone vd. que le dé este título con el cual me honró en sus tres primeras cartas, aunque en la cuarta me lo retiró.

¿Qué,—me he preguntado—este cambio provendrá de que el Sr. Valera hasta la tercera carta solo conocía la primera parte de mi libro, y tan luego como entró al conocimiento del capítulo V en adelante, en virtud de sus dogmas, que él dice tener, le causé horror y espan-

to tal que hasta el título de amigo, propuesto por él, me retiró?

No; rechazo enérgicamente esta cavilosa idea. Usted no podía haber cometido tan incalificable proceder cual hubiera sido el emprender la crítica de un sistema filosófico, sin haberse penetrado de él, estudiándolo según el método de análisis y de síntesis.

Indudablemente que tal causa no ha sido.

¿Cuál fué, pues?—Quién sabe!

Mucho me temo que la franqueza necesaria que habré de emplear en defensa de mis proposiciones, haga difícil nuestra naciente amistad; pero vd. comprenderá qué pobrísimo porvenir se le esperaría á la filosofía, si todos los hombres amaran más los convencionalismos sociales que la verdad redentora.

Ahora bien, si el espíritu de vd. es de tal temple que, resistiendo el choque de *amargas verdades*, expuestas con la rudeza contundente de mi estilo, se encuentra aún capaz de prodigarme generosa amistad, tanto mejor para mí.

Pero cesen los preámbulos y comencemos á tratar de sus cartas.

Afirma vd. que un amigo suyo tenía la pretensión de saberlo todo, y que no leía libro, por celebrado que fuera, que le enseñara algo nuevo; vd., dando por hecho tan estupendo y rarísimo caso, manifiesta que ese fenómeno también en vd. se produce, pues tal se desprende del párrafo siguiente que copio de su carta:

“Lo que quería decir, lo que decía, tal vez con razón, es que, prescindiendo de datos menudos, si despojamos de su aspecto magistral á más de un tratado científico,

siempre hallamos que nos sabíamos todo aquello: que ya, más ó menos vagamente, lo habíamos pensado.”

Yo encuentro esto maravilloso.

¡Con razón es vd. partidario de lo sobrenatural!

Pero lo que más me maravilla es que los hombres que tienen esa ciencia infusa, sean tan egoistas que se la guarden y que esperen á que otros la den á conocer, malamente.

Saco á cuento este hecho porque en otra parte de la misma carta dice vd.:

“Como quiera que sea, por el sistema de Herbert Spencer, si no se prueba la posibilidad práctica de nuestra inmortalidad, á causa de esos grandes trastornos que él pronostica, queda probada la posibilidad teórica ó especulativa de la inmortalidad en una combinación de materia, y por el sistema de vd., la realidad práctica de esa inmortalidad en dicha combinación, cuando es de una materia sutil, pura, activísima y ligera.”

Aquí confiesa vd. que es de mi sistema el haber demostrado la posibilidad real ó práctica de la inmortalidad del ser á que nombro *monocorpóreo*.

Pero no obstante tal confesión, en seguida agrega: que lo que siente es tener que decir que no es *muy nuevo*, y todo porque trae vd. de los cabellos para ofrecerlos con caracteres de similitud á *los gloriosos cuerpos de la resurrección de la carne*.

Pero no hay que confundirse; no es á efecto de tal similitud, que ni traída de los cabellos cabe, por la cual vd. no encontró *muy nueva* mi demostración.

La causa principal radica en esa facultad prodigiosa que vd. tiene de saberse ya todo lo que los libros dicen.

Pero como eso de decir que lo nuevo no es nuevo, va haciéndose ya clásico, mucho me creo que esa facultad de vd. no sea excepcional, y que haya una casta particular de hombres prodigiosos que tengan tan rara y estupenda habilidad de saberse "*más ó menos vagamente*" todo lo que los novísimos libros contienen.

Pero dejemos lo humorístico, que ya se me va pegando de vd., y examinemos seriamente el por qué lo nuevo no es nuevo para ciertas personas.

Todo aquel que se ha cerciorado de lo beneficioso que es partir en la investigación filosófica de lo conocido á lo desconocido, ha proscrito la deleznable base (que no es base) de las abstracciones metafísicas. Por lo tanto, en sus investigaciones toma como verdaderas bases los datos positivos de hechos ya comprobados por las observaciones, y por la experimentación científica, con estos datos, que le sirven de premisas, infiere nuevas conclusiones.

Los metafísicos, que nunca quedan contentos con esta clase de conclusiones, deducen con su *excelente lógica*, que porque las bases son hechos demostrados y por lo tanto conocidísimos, las conclusiones que se deduzcan de las relaciones y combinaciones de esos hechos, no son *muy nuevas*.

Este modo de juzgar es tan absurdo como si se dijera que una estatua, nuevamente ideada por un escultor, no era nueva porque estaba vaciada en bronce ó esculpida en mármol, como otras muchas estatuas.

Esos señores metafísicos deberían comprender que todo sistema filosófico que se basa en datos positivos, tiene que partir de elementos conocidos para alcanzar

que las nuevas verdades que surjan en la investigación, se enlacen naturalmente con las anteriores. Habían de reflexionar que solo en la mente calenturienta de los místicos pueden ser, en todas sus partes, siempre flamantes las lucubraciones que aborte su fantasía.

Pero pasemos á puntos de mayor interés.

Dice vd. que para que mi sistema le agrade, falta una mónada sencillísima que sea cifra de todas las perfecciones en ciernes.

Este hecho de pedir lo que mi sistema ha ofrecido ya,—como no puedo suponer de la honradez de vd. maliciosa calumnia,—me autoriza para decir que, en este caso, como en otros muchos que de su crítica se desprenden, vd. manifiesta que no ha estudiado mi obra con toda la atención que reclama una crítica, y por tal razón no se ha penetrado de la unidad sintética del sistema que propongo.

Por lo tanto, me permitirá vd. que le recuerde los siguientes párrafos de mi capítulo intitulado: "*Origen natural del alma.*" Dicen así:

"Esos cuerpos simples (*vengo refiriéndome á los clasificados así por la Química*) primeras subdivisiones de la unidad cósmica, fuéronse combinando entre sí, realizaron los cuerpos compuestos, y éstos tuvieron inmediatamente su representación en la sustancia incorruptible de la envolvente atmosférica.

Siguiendo estos tipos compuestos las evoluciones de su progreso, comenzaron á ensayar, en los impulsos de su poder, la formación de organismos para la vida vegetativa. Después de alcanzar las formas regulares de las cristalizaciones, que son, por decirlo así, el prodro-

mo de la forma orgánica, llegaron á producir ésta en el rudimentario y primitivo tipo del *protococcus*, y no en vano los inconscientes impulsos del superior tipo mineral, engendraron aquellos orgánicos gérmenes; pues ya en el elemento incorruptible de la atmósfera existía el fluido que, afin á la naturaleza de aquellas celdillas, respondía á la necesidad que pedía vida, con la necesidad que en sí sentía de darla. Fluido que, derivado de la masa cósmica universal, había llegado en las evoluciones del esferoide, á constituir el más precioso elemento que surgiera de la tendencia natural hacia lo múltiple, á lo cómplexo, á lo armónico y á lo perfecto. Fluido en el cual se condensaban los GERMENES INTELIGENTES que imbibitos en el infinito seno de la madre Naturaleza, existían de toda eternidad, pero en el estado de mayor simplicidad, y que, en el momento que describo, entraban en la vía de su desarrollo, comenzando su existencia orgánica por las más sencillas y rudimentarias formas.

Efectuóse, pues, la absorción de dicho fluido, concretóse en el seno de aquellos nacientes gérmenes del medio sólido, y el principio de la individualidad del ser quedó constituido en aquel supremo momento."

Y algunas páginas más adelante agregó:

"Hemos llegado al punto en que aparecen las primeras algas; desde este momento, en los fluidos atmosféricos tienen su representación en subdivisiones concretas y colectivas aquellos primeros tipos orgánicos, pues en las transformaciones de muerte, las porciones fluidicas que abandonaban el molde del organismo sólido, volvían al elemento fluídico PERO YA CONCRETADAS,

YA CON EL GERMEN DEL PODER INDIVIDUAL, núcleo indestructible, cuya ávida necesidad de progreso, lejos de poner en conflicto su individualidad, la hacia más y más segura en su inmortalidad, pues cada instante decía un movimiento que engendraba una potencia mayor, que establecía una progresión de vida inmortal, cuyos coeficientes positivos tendrán su desarrollo en el infinito y en la eternidad."

Queda, pues, demostrado que no adolece mi sistema de la deficiencia que usted le impugnaba, porque en los dos párrafos que he transcrito aparece clarísimamente determinado que, al comenzar la vida orgánica, se concretaron en los primeros alveolos, que en sus evoluciones ofrecieron los tipos minerales, *los gérmenes inteligentes que en el seno de la madre Naturaleza existían de toda eternidad, aunque en el estado de mayor simplicidad.*"

Como este punto queda perfectamente aclarado, debería vd. celebrar una función eucarística y de desagravios, como la que me aconseja, en honor á los fueros de la justicia y de la verdad, que tan cruelmente ha ultrajado en esta vez.

Pues aquellos que por causa de la poca atención de vd.,—ó por cualquiera otra circunstancia que no quiero suponer—vean semejante impugnación, dirán:

"El Sr. Valera tiene razón, pide lo que es de pedirse."

Y no saben que el Sr. Valera pide injustamente, porque pide lo que ya se le ha dado.

Ahora bien, pasemos á otro punto.

Usted dice:

"Lástima es que no acepte vd. también para todo el Universo, que es unidad á par que conjunto de co-

sas varias, cierta fuerza unitiva é inteligente que lo ordene, enlace, y una todo; algo en suma, que se parezca al Dios en que nosotros creemos.”

Ya con relación á este punto he contestado á vd. en mi primera carta, manifestándole que ese *algo, esa cierta fuerza unitiva*, de que habla, es á lo que yo llamo *Agente cósmico*, ofreciendo el concepto de una energía unitiva, varia y armónica en sus actuaciones. También inteligente, pero no con una inteligencia sobrenatural y divina, cuya suposición quimérica ha dado motivo para que maltratemos horrorosamente los fueros de la razón, atribuyéndole en grado divino todas aquellas propiedades ó atributos que solo ha alcanzado realizar en su elemento humano.

Inteligencia en germen que se manifiesta desde las agrupaciones moleculares que constituyen las inmensas nebulosas, y más tarde las gigantescas masas de los soles, hasta la inteligencia que formándose y desarrollándose á efecto de miriadas de evoluciones,—de las transformaciones minerales, á las metamorfosis múltiples de toda la serie de los tipos botánicos, y de ésta á la de los tipos zoológicos,—llega á ser propiamente inteligencia consciente en el ser humano, fuera del cual no hallaremos una inteligencia más exaltada; hallaremos, sí, lo grande, lo gigantesco, lo inmenso; pero si bien se examina, eso colosal é inmenso; motivo de nuestra grande admiración, que nos hace prohiar lo sobrenatural, no es otra cosa que una inmensa simplicidad, una enorme agrupación de rudimentarios y primitivos gérmenes que, por razón de su inmensa multiplicidad, realizan movimientos colosales, que determinan un estado

preparatorio para alcanzar la perfección á que tienden, inconscientemente, esos gérmenes inteligentes que son elementos constituyentes de la fuerza unitiva que vd. dice.

Ahora bien, si el parecido que vd. quiere ha de ser precisamente derivado de las múltiples y absurdísimas concepciones antropológicas que con relación á la causa se tienen, comprenderá que solo á efecto maravilloso, hubiera yo adivinado cuál sería el tipo que vd. se haya imaginado, con relación á esa causa creadora. Y una vez realizada esta adivinación, vd. comprenderá también que los fueros de la razón se habrían sublevado en mí, protestando de que yo tomara por base para mis raciocinios, no los elementos de la ciencia, de la lógica y del buen sentido, y sí la concepción antojadiza de cierta persona ó de cierto grupo de personas.

Es indispensable convenir que en este punto jamás dejaremos conformes á todos los hombres.

¿Me imagino el tipo según el del etiope?

Se encela el mongol, reclama supremacía y todo el Celeste Imperio protesta contra mí.

¿Me lo supongo, pues, mongol?

Entonces provocho las tremendas iras de los primeros; a me parece ver levantarse contra mí á esa inmensa masa negra y que sus individuos con iracundos ojos me miran, frunciendo el grueso labio que asoma blanquísimos caninos, en señal de ciertas agresivas y no olvidadas animales tendencias.

Finalmente, si por complacer á la perfectísima raza caucásica, me lo imagino con relación al tipo de ésta, no solamente me concito la animadversión de las ante-

riores y otras razas, sino que, aún entre esta misma, habrá sus disensiones. El septentrional lo querrá rubio y de ojos azules, y el meridional, moreno y de ojos negros.

Comprenderá vd. que la tarea sería ardua y asaz imposible para la filosofía que quisiera cohonestar la universalidad de sus bases, con las quimeras de las múltiples concepciones antropológicas que han abortado las imaginaciones de los pueblos primitivos.

Yo bien comprendo el hondo abismo que ha de separar á mi *Agente cósmico* del Dios que vd. se haya imaginado; ha de ser el mismo que separa las leyes físicas del calor, del mito *plutoniano*, y las leyes físicas del líquido elemento, del mito *neptuniano*.

En el capítulo VII de mi obra he apurado todas las pruebas que la razón libre puede aducir en contra de la existencia de una causa personal; y como también he salido al encuentro, —para contestarlas anticipadamente, —de todas las objeciones que se me pudieran hacer, mucho me sospecho que por tal razón, vd. enmudeció al llegar á este punto.

Pues haciendo uso de mi ruda franqueza, diré que solo espero oír en defensa del *viejo mito soberano*, argumentos dogmáticos, hijos de las tradicionales creencias que nos legaran los incestuosos y bandidos adoradores de Júpiter; los vengativos y lapidadores esclavos del Faraon, que adoraban al Jehová terrible é iracundo; y los hipócritas émulos de aquellos que refinaron las crueldades en el tormento y que atizaron las hogueras del *Santo Oficio*.

También, además de los argumentos legados por tan

nefanda genealogía, podrán agregarse las argucias de la escolástica con todo ese farrago de palabrería cabalística, que tiende á descifrar sandios acertijos.

Mas si en este punto me equivoco, si alcanzo el que con otros argumentos se me combata, entonces la luz se hará, y estoy dispuesto á entrar en el debate; pero sí téngase presente que hago más estas palabras de Luis Büchner:

“No pienso contestar, si á ello se me provoca, sino á los que me sigan al terreno de los hechos ó del empirismo.”

Puede vd. creerlo, y esta es la expresión sincera de mi alma, que todo lo hasta aquí dicho, por rudo y contundente que sea, no me ha movido para exponerlo otra cosa que el defender los fueros de la verdad, á la cual tributo ardentísimo culto; pues, cuando de ella se trata, desaparecen ante mí las personalidades, cualesquiera que ellas sean, y solo veo en toda su majestuosa grandiosidad á la familia humana.

Fuera, pues, del campo del debate, vuelven las personalidades y los furibundos campeones del sublime verbo, se dan la mano, se saludan, se estiman y se respetan.

Así, terminada por hoy la discusión, y dejándola pendiente para tratar otros puntos en las siguientes cartas, desaparece el contrincante y queda el amigo que respeta en lo particular á cada hombre, qualquiera que sea su creencia y su convicción, máxime, tratándose de aquellos que, como vd., contribuyen por manera alguna á la gran labor del progreso humano.